

Dar con alegría¹

1. En el centro de los textos que hoy nos presenta la liturgia están dos viudas de recursos muy limitados, pero de una fina delicadeza de alma. Una en tiempos del profeta Elías, cuando se presentó en la región una grave sequía y, consiguientemente, escasez y hambre. La otra, en tiempos de Cristo, a la encontramos en el templo de Jerusalén dando, junto al Señor, una pequeña pero conmovedora limosna.

La nota distintiva de estas buenas mujeres, además de la pobreza, es la fe, la total confianza en Dios y, sobre todo, la generosidad. En un caso, ante la afirmación del profeta de que no habría de faltar ni la harina en la tinaja, ni el aceite en la vasija, la viuda de Sarepta obedece a Elías, le da lo que tiene, y la Providencia divina la premia con alimento el resto de su vida².

El gesto de la viuda en las alcancías del templo, dando una limosna ínfima pero de todo corazón, ya que era todo lo que tenía para vivir, impresiona hondamente a Jesús. Al verla, el Señor no solo se emociona, sino que manifiesta abiertamente su admiración con estas palabras: *ha echado en la alcancía más que todos³*. Desde entonces la *ofrenda de la viuda*, se ha convertido en una frase proverbial con la que se quiere expresar la entrega generosa sin cálculos ni reservas.

San Josemaría reflexionaba al respecto: *¿No has visto las lumbres de la mirada de Jesús cuando la pobre viuda deja en el templo su pequeña limosna? –Dale tú lo que puedas dar: no está el mérito en lo poco ni en lo mucho, sino en la voluntad con que lo des⁴*.

2. Es importante aprender la bella lección que nos imparten estas dos mujeres y procurar llevarla a la práctica. *La limosna* –se puede leer en el libro de Tobías- *libra de la muerte e impide caer en las tinieblas. Es un don valioso para cuantos la practican en presencia del Altísimo* (4, 9-11). Siempre es saludable ejercitarnos en el desprendimiento; ayudar económicamente a diversas iniciativas, incluidas, naturalmente, las necesidades de la Iglesia, que por trabajar con hombres y para hombres (no con ángeles) no puede prescindir de los medios materiales.

Pero también es muy importante recordar que no basta dar dinero, sino también tiempo, cariño, experiencia, y muchas cosas más. Debiéramos empeñarnos en que las personas necesitadas que están cerca de nosotros, mejoren en todos los sentidos, y especialmente en su *educación profesional*. Por eso son tan importantes para la sociedad tanto civil como eclesial, las instituciones que buscan el desarrollo integral de las personas y no el simple asistencialismo. Dar herramientas para mejorar su situación por toda la vida. Lo que expresa elocuentemente el conocido refrán oriental: *no dar un pez, sino enseñar a pescar*.

¹ Homilía domingo XXXII del tiempo ordinario, ciclo B.

² Cfr. Primera lectura, *1 Reyes* 17, 10-16.

³ Evangelio, *Marcos*, 12, 43

⁴ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 829.

3. Eso es justamente lo que estamos intentando hacer en el Centro Comunitario Santa Fe, institución que surgió de modo paralelo a esta iglesia de San Josemaría y que con el lema el *compartir* fraterno, trabaja en las comunidades menos favorecidas de Jalapa y San Mateo. Centro al que hoy dedicaremos por completo nuestras limosnas. Dar, sí, pero también *darse*, con la íntima convicción de que quien se entrega generosamente al hermano es quien sale más beneficiado. Decía en el siglo V san León Magno: *En la balanza de la justicia divina no pesa la cantidad de los dones, sino el peso de los corazones*⁵.

Lo que acabo de mencionar no procede de una reflexión hecha desde el escritorio de una oficina o cubículo intelectual. Durante muchos años, más de quince, he tenido la gracia de recorrer numerosos rincones de la hermosa geografía mexicana, acompañando a grupos de estudiantes universitarios en labores sociales. He visitado la Sierra Madre del Sur, en Chiapas, casi en la frontera con Guatemala; el pueblito de San Joaquín, en la Sierra Gorda de Querétaro; en varias ocasiones estuve en poblados cercanos a Axtla en la Huasteca Potosina o en Miahuatlán, Oaxaca; en la selva de Huimanguillo, en Tabasco; en diversos municipios de Hidalgo o del Estado de México, sobre todo el inolvidable y pintoresco Zacazonapan, del que guardo un tesoro invaluable de gratos recuerdos y en muchos otros sitios. Y les aseguro que en todos esos encuentros la experiencia siempre fue la misma. Los jóvenes de buenas universidades, pertenecientes a familias con cierto desahogo económico, después de unos días inmersos en esos ambientes, volvían felices. La convivencia fraternal, cristiana, con la gente sencilla y buena de nuestras zonas rurales les resultaba siempre altamente gratificante.

Hay, por tanto, que dar, *hasta que duela*, decía la Madre Teresa de Calcuta. Dar mirando a los ojos al hermano muy querido del que, además, repito, siempre se recibe mucho. Y, por último, hacerlo alegremente, porque como recuerda san Pablo: *Dios ama al que da con alegría*⁶.

Así, Dios nos mirará con ternura desde el Cielo y nos premiará con abundancia, en esta vida como en la otra. Él no se deja nunca ganar en generosidad. Repetía el beato Álvaro del Portillo: *le damos la punta del dedo y Él nos da el brazo entero*.

4. La Virgen Santa María es Maestra de entrega sin límites (...). Pídele a esta Madre buena –recomendaba nuestro patrono– que en tu alma cobre fuerza –fuerza de amor y de liberación– su respuesta de generosidad ejemplar: “He aquí la esclava del Señor”⁷.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 11 de noviembre de 2018

⁵ Sermón 90, 3.

⁶ 2 Corintios 9, 7.

⁷ SAN JOSEMARÍA, Surco, n. 33.